

Domingo Cristo Rey

Ezequiel 34, 11-12. 15-17; Corintios 15, 20-26. 28; Mateo 25, 31-46

**«Porque tuve hambre y me disteis de comer,
tuve sed y me disteis de beber»**

20 Noviembre 2011 P. Carlos Padilla Esteban

**«Cristo tiene que reinar hasta que Dios haga de sus enemigos estrado de sus pies.
El último enemigo aniquilado será la muerte »**

El poder siempre despierta una fuerte atracción en el corazón del hombre. El poder nos da la posibilidad de influir, decidir, mandar, saber, opinar, conocer. Cuando tenemos poder nos sentimos importantes y valorados por el mundo. Nos buscan y respetan, nos piden consejo y nos toman en cuenta. Perder el poder o dejar de influir, por el contrario, nos duele profundamente; es como pasar al olvido, como ser invisibles súbitamente para los otros. El poder nos atrae de tal manera que despierta la envidia cuando no lo tenemos y nos lleva a la crítica cuando nos sentimos desplazados. Aspirar al poder siempre ha sido la gran tentación del hombre. Da igual si hablamos del poder político o económico, del poder en la familia o en una comunidad, del poder en las relaciones de amistad o familiares. Siempre el poder puede dividir, puede producir heridas profundas cuando se compite por alcanzarlo. La lucha de poder genera desconfianza y no nos hace libres. Cuando no entendemos el poder como servicio nos dejamos llevar por el orgullo y la vanidad, por la soberbia del que piensa que hace siempre todo correctamente, mientras el resto del mundo se equivoca. El poder lo podemos ejercer de forma despótica y así convertirnos en tirarnos. Podemos caer en la agresividad o en el desprecio. El poder y el ejercicio de la autoridad exigen humildad y sabiduría para la vida, exigen una **honda vinculación personal con el Señor y la maestría para dejarnos guiar por Dios.**

El poder es tan atrayente, que puede llegar un momento en que, con tal de tener el poder en nuestras manos, entreguemos a cambio muchas cosas importantes. En nuestro afán por alcanzar poder podemos perder amigos, podemos dejar desatendida la familia o podemos llegar a renunciar a nuestros propios principios. Con el único fin de tener poder podemos renunciar a la verdad de nuestra propia vida, a esas bases sólidas que nos parecían irrenunciables. Así lo explicaba Benedicto XVI cuando diferenciaba dos tipos de bondad: «*Se está dispuesto a comprar el bienestar, el éxito personal, el prestigio social y el aplauso de la opinión dominante al precio de la verdad. Yo no estoy en desacuerdo con la bondad en general; porque la verdad triunfa y sale adelante sólo con la bondad. Yo me refería concretamente a esa caricatura de bondad que tanto se ha extendido. A la verdad se antepone la búsqueda de consenso, el deseo de evitar contrariedades, una vida tranquila, la buena fama*»¹. Por el poder podemos llegar a renunciar a la verdad y ceder para evitar conflictos y lograr la máxima ganancia. En aras de una falsa bondad, de una actitud aparentemente bondadosa con el prójimo, acabamos renunciando a nuestros ideales y sueños, acabamos cediendo y viviendo de una forma distinta a la que queremos. Nos conformamos con los mínimos y hacemos nuestras unas actitudes que, en realidad, no compartimos. **Y todo por tener poder, por no perder la influencia sobre otros y sobre el mundo.**

¹ Joseph Ratzinger, “la sal de la tierra”, 75

Cuando hablamos del poder de Cristo, de su Reinado en el mundo, la imagen que escuchamos es la del buen Pastor. Así lo dice el profeta: «*Así dice el Señor Dios: -Yo mismo en persona buscaré a mis ovejas, siguiendo su rastro. Como sigue el pastor el rastro de su rebaño, cuando las ovejas se le dispersan, así seguiré yo el rastro de mis ovejas y las libraré, sacándolas de todos los lugares por donde se desperdigaron un día de oscuridad y nubarrones. Yo mismo apacentaré mis ovejas, yo mismo las haré sestear. Buscaré las ovejas perdidas, recogeré a las descarradas; vendrá a las heridas; curaré a las enfermas; a las gordas y fuertes las guardaré y las apacentaré como es debido. Y a vosotras, mis ovejas, así dice el Señor: -Voy a juzgar entre oveja y oveja, entre carnero y macho cabrío.*» Ezequiel 34, 11-12. 15-17. Es un pastor que busca a las ovejas perdidas, que se preocupa de las que se han desperdigado. Es un pastor que no cesa en su celo por las almas. Así debería ser nuestra Iglesia. Una Iglesia siempre en búsqueda del hijo perdido, del que no cree, del que se ha alejado por miedo de su propio pecado. Esa oveja perdida necesita pastores cuyo poder sea el servicio y cuya autoridad sea la misericordia. Necesita rostros que acojan y miren con bondad, no una bondad que transa con la mentira, sino una bondad que abraza los corazones heridos. Una bondad que no legitima el pecado, sino que sostiene al pecador para levantarla por encima de su barro. Necesita hombres firmes y serios, auténticos y valientes, nobles y fieles. Necesita ver un poder que se abaja, una autoridad que sirve y espera la vuelta del hijo perdido.

En este mismo sentido, el salmo hoy nos muestra qué rasgos tiene el buen pastor: «*El Señor es mi pastor, nada me falta. En verdes praderas me hace recostar. Me conduce hacia fuentes tranquilas y repara mis fuerzas; me guía por el sendero justo, por el honor de su nombre. Preparas una mesa ante mí, enfrente de mis enemigos; me ungues la cabeza con perfume, y mi copa rebosa. Tu bondad y tu misericordia me acompañan todos los días de mi vida, y habitaré en la casa del Señor por años sin término.*» Sal 22, 1-2a. 2b-3. 5. 6. La actitud del buen pastor debería ser la de todo aquel que detentara un poder en este mundo. El pastor tiene pastos en los que podemos descansar; junto a él hay paz, en él todos reciben un agua nueva y un alimento para la vida. Todo esto se nos olvida y caemos en la búsqueda de nuestro propio interés cuando pensamos en el poder. Buscamos nuestro bien y nuestro ego cuando ejercemos la autoridad como pastores. Y podemos acostumbrarnos a los mensajes del mundo, que nos hablan de egoísmo, de búsqueda de la propia felicidad, de la autosatisfacción y nos presentan un ideal de vida plena sin dificultades ni cruces. El mundo nos contagia de sus deseos y nos sentimos parte de la corriente que nos lleva a creernos importantes. Cuando nos confían algún poder, deberíamos darle gracias a Dios y servir con humildad, con un respeto inmenso, la vida que se nos confía. No resulta ni fácil ni cómodo ser hoy un buen pastor en ningún ámbito. Pero estamos llamados a ser pastores que, en el ejercicio de la autoridad que sólo Dios nos regala, podamos ser para otros, lugar de descanso y de paz. **Pastores que sean misericordiosos y señalen siempre hacia Dios desde la humildad.**

Cuando el poder significa servicio a la vida que se nos ha confiado, todo es diferente. Decía el P. Kentenich que la autoridad humana, al preocuparse de poner sus actitudes y acciones sobre los verdaderos fundamentos últimos, debería reconocerse determinada sustancialmente por la exigencia «*de imitar la manera de conducir de Dios del modo más perfecto posible*». Nuestra autoridad, nuestro poder, en última instancia, nos vienen dados por Dios. Esa manera de entender el ejercicio de la autoridad es un camino distinto al que seguimos los hombres. Se trata de buscar siempre a Dios para saber cómo conduce Él. La forma de conducir que tiene Dios es a partir de un amor que engendra vida en el corazón del hombre. El amor de Dios es un amor providente y paternal. En el amor comienza todo y el amor nos enseña a amar. Dios nos crea por amor, es el buen Pastor. Por lo tanto, al ejercer la autoridad, al asumir la conducción, tenemos que actuar como Dios lo hace, con amor, desde el amor y para el amor. Significa ser buenos pastores, humildes y servidores de la vida que se nos confía. María nos educa para vivir así el ejercicio de la autoridad. Significa que tenemos que dejarnos guiar y transformar por su amor de

Madre. Cuando nos dan el poder es muy importante entender la responsabilidad que ello conlleva. Si alguien nos da poder sobre su vida deberíamos vivir sobre cogidos, conscientes de la responsabilidad y del desafío que ello supone. Decía el P. Kentenich: «*¿Qué significa ser padre y engendrar vida, servir a esa vida? Significa promover en alguien la capacidad y la disposición para plasmar independiente y autónomamente su vida -como hijo de Dios y miembro de Cristo- a partir del amor*»². Cuando entendemos así el verdadero poder, entonces las cosas cambian porque nos hace capaces de liberar al hombre. El poder tiene como fin llegar a liberar y lograr la autonomía de los que nos han sido confiados. No se trata de educar personas dependientes, que no puedan hacer nada sin nosotros y siempre necesiten nuestros consejos y apoyo. Eso puede ocurrir un tiempo, pero la meta es conducirlos siempre hasta el corazón de Dios. Como decía el P. Kentenich: «*No hay nada más grande en la educación que ver que aquellos a quienes he educado me han sobrepasado y he llegado a ser prescindible*»³. La forma de gobernar, de tener autoridad en el reino de Dios, es muy diferente a la de este mundo que busca educar personalidades masificadas, incapaces de pensar y actuar de forma autónoma. Nuestra forma de ejercer la autoridad es otra. El amor libera. Es una autoridad que se nos entrega para que liberemos el corazón esclavo de tantos hombres. Es un poder que forma hombres libres y autónomos, vueltos hacia Dios. Nos sentimos con frecuencia lejos del ideal que brilla ante nuestros ojos. **El mundo no nos deja vivir con libertad la autoridad que Dios nos confía.**

El Evangelio de hoy nos habla del juicio final, del momento en el que Cristo llegará para establecer su reino para siempre: «*Cuando venga en su gloria el Hijo del hombre, y todos los ángeles con él, se sentará en el trono de su gloria, y serán reunidas ante él todas las naciones. Él separará a unos de otros, como un pastor separa las ovejas de las cabras. Y pondrá las ovejas a su derecha y las cabras a su izquierda*». S. Juan Crisóstomo explica esta imagen: «*A éstos llama cabritos, pero a los otros ovejas, para demostrar la inutilidad de aquéllos pues de nada aprovechan, y la utilidad de éstas, porque es mucho el fruto que de las ovejas se saca, como la lana, la leche y los corderillos que nacen. La Sagrada Escritura suele designar la sencillez y la inocencia con el nombre de oveja*». La imagen del juicio final nos lleva a pensar en la victoria final de Cristo, porque Él ya ha vencido. Las palabras de S. Pablo reflejan el sentido de la victoria final y nos dan esperanza: «*Cristo resucitó de entre los muertos: el primero de todos. Si por Adán murieron todos, por Cristo todos volverán a la vida. Primero Cristo, como primicia; después, cuando él vuelva, todos los que son de Cristo; después los últimos, cuando Cristo devuelva a Dios Padre su reino, una vez aniquilado todo principado, poder y fuerza. Cristo tiene que reinar hasta que Dios haga de sus enemigos estrado de sus pies. El último enemigo aniquilado será la muerte. Y, cuando todo esté sometido, también el Hijo se someterá a Dios, al que se lo había sometido todo. Y así Dios lo será todo para todos*». Corintios 15, 20-26. 28. La muerte es enemiga de Dios, no es un bien querido por Él. Es verdad que Cristo, al resucitar, venció sobre ella, pero hoy sigue siendo el gran enemigo del hombre, hasta el día de su victoria final. **Será la última en ser vencida y entonces todo encontrará la armonía y la paz en el corazón de Dios.**

El reino de Dios ya ha comenzado y caminamos al encuentro final con el Señor donde tendrá lugar el juicio, momento de nuestra salvación. Pero es cierto lo que dice Benedicto XVI: «*Al hombre le resulta difícil esperar sólo en el más allá o en un nuevo mundo después de que acabe éste. El hombre necesita una promesa en la historia*»⁴. Necesitamos una promesa que se haga historia en nuestra vida, que se haga carne. Es la realidad del reino que comienza en nuestro corazón. Una promesa que le da sentido a la muerte y al dolor. Me decía una persona al hablar de su cruz: «*No me basta con pensar que Cristo me acompaña en mi cruz, yo no logro amar mi cruz. No la vivo con paz ni esperanza*». A veces nos

² J. Kentenich, “Dediderio Desideravi”, Tomo III, 76

³ José Kentenich, “Textos pedagógicos”, 245

⁴ Joseph Ratzinger, “la sal de la tierra”, 69

pasa lo mismo. Cuando pensamos en el juicio final, en el momento en que Cristo llegará para reinar para siempre, el corazón se alegra, sin embargo, este pensamiento no nos conforta en el día a día. No somos capaces de aceptar el paso inexorable de la muerte. Por eso, en momentos de oscuridad, escuchar este testimonio nos llena de luz: «*Hemos podido acompañarle mucho en este último tiempo, y hemos quedado admirados de su serenidad, su paz y su alegría en todo momento, a pesar de la dureza de la enfermedad. Hace pocos días me decía que era muy feliz y tengo la certeza de que esto era posible porque estaba muy unido a Cristo en la Cruz.*». Cuando alguien vive su cruz de esta manera da luz al mundo y nos llena de esperanza. Benedicto XVI nos ilumina con sus palabras: «*La fe es una fuente de alegría. Cuando Dios falta, el mundo queda en tinieblas, todo resulta aburrido y nada satisface. Somos amados por Dios de un modo absoluto. Él es un amante fiel*»⁵. El amor de Dios nos levanta y nos hace caminar con una promesa que ya es realidad en nuestra vida. El poder más fuerte es el poder del amor. Un corazón que ama puede transformar el mundo. La fe en este amor que nos salva nos da alas y nos permite hacer realidad el reino de Dios en nuestras obras. Nuestros actos de amor son ya el comienzo del Reino en la tierra. **En la oscuridad del mundo brilla el amor de Dios. En nuestro amor se refleja su presencia.**

Éste es el sentido de nuestro caminar: vivir en el amor. Al final nos juzgarán en el amor. Nuestro único mérito será haber amado. **En el juicio a unos los llamará benditos:** «*Entonces dirá el rey a los de su derecha: -Venid vosotros, benditos de mi Padre; heredad el reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, fui forastero y me hospedasteis, estuve desnudo y me vestisteis, enfermo y me visitasteis, en la cárcel y vinisteis a verme*». Lo que destaca el Señor son las obras de misericordia, la entrega, la generosidad con los pequeños. No está en juego nuestra perfección, ni se nos pide una vida sin mancha ni pecado. La exigencia es la de haber actuado con amor. Dice Benedicto XVI que todos estamos llamados a amar al prójimo: «*Todos los hombres son criaturas de un solo Dios y, por tanto, del mismo rango, todos relacionados fraternalmente, todos responsables unos de otros y, por tanto, llamados a amar al prójimo sea quien sea*»⁶. Nos probarán en el amor, en la entrega, en la preocupación por el que más amor necesita. La Madre Teresa definía así su misión en una carta al obispo: «*Déjeme ir y darme a ellos, deje que me ofrezca por los pobres despreciados, los niños pequeños de la calle, los enfermos, los moribundos, los mendigos; déjeme ir a sus agujeros y llevar a sus hogares rotos la alegría y la paz de Cristo*»⁷. Es la misión que tenía ella de llevar la paz de Cristo a tantos corazones olvidados y despreciados. Especialmente a los más menesterosos, a los más abandonados. ¿Y nosotros? ¿Qué hacemos? ¿Dónde entregamos la vida? ¿Quiénes necesitan más nuestro amor y nuestra entrega? La Madre Teresa sólo quería agradar a Dios y hacer siempre su voluntad. Por el contrario, a menudo nos buscamos de forma enfermiza, estamos apegados a nuestro yo egoísta y nos olvidamos de los que sufren muy cerca de nosotros. El juicio de Cristo es duro contra los que no actuaron con amor: «*Y entonces dirá a los de su izquierda: -Apartaos de mí, malditos, id al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles. Porque tuve hambre y no me disteis de comer, tuve sed y no me disteis de beber, fui forastero y no me hospedasteis, estuve desnudo y no me vestisteis, enfermo y en la cárcel y no me visitasteis*». Pensamos en tantos pecados de omisión donde se refleja nuestra falta de amor. No visitamos, ni vestimos, ni damos de beber, ni alimentamos. Nos confesamos de nuestra pasividad y dejadez. Queremos hacer mucho y nuestros deseos no llegan con frecuencia a ser obra, nos quedamos sólo en buenas intenciones. **Pensamos sólo en nuestro bien, en nuestra propia felicidad y nos olvidamos del resto.**

Ante esta declaración del juicio, ni los justos, ni los injustos, entienden que Cristo era

⁵ Joseph Ratzinger, “La sal de la tierra”, 30

⁶ Joseph Ratzinger, “La sal de la tierra”, 21

⁷ Madre Teresa, “Ven, sé mi luz”, 91

el que estaba necesitado. Los justos no comprenden cuándo lo hicieron: «*Entonces los justos le contestarán: -Señor, ¿cuándo te vimos con hambre y te alimentamos, o con sed y te dimos de beber?; ¿cuándo te vimos forastero y te hospedamos, o desnudo y te vestimos?; ¿cuándo te vimos enfermo o en la cárcel y fuimos a verte? El rey les dirá: -Os aseguro que cada vez que lo hicisteis con uno de éstos, mis humildes hermanos, conmigo lo hicisteis*». Los pecadores tampoco entienden cuándo han dejado de actuar: «*Entonces también éstos contestarán: - Señor, ¿cuándo te vimos con hambre o con sed, o forastero o desnudo, o enfermo o en la cárcel, y no te asistimos? Y él replicará: -Os aseguro que cada vez que no lo hicisteis con uno de éstos, los humildes, tampoco lo hicisteis conmigo. Y éstos irán al castigo eterno, y los justos a la vida eterna*». Mateo 25, 31-46. Es la incomprendión ante el juicio. Nos cuesta ver a Cristo en el pobre, en el que sufre, en el que nos pide limosna, en el que viene a suplicarnos amor y a exigirnos nuestro tiempo. Decía Sta. Teresita del Niño Jesús: «*Jesús no quiere que encontremos en el reposo su presencia adorable; Él se esconde. ¡Qué melodía para mi corazón ese silencio de Jesús! Él se hace pobre para que nosotras podamos darle limosna. Pronto Jesús "se levantará para salvar a todos los mansos y humildes de la tierra"*». Bajo el ropaje humilde que siempre tuvo en la tierra Cristo se esconde. Se oculta bajo la apariencia humana y quiere que, al amar al hombre, le amemos a Él. **Viene en humildad, para confundir a los poderosos, para que sepamos amar sin esperar nada a cambio, sin reconocimiento.**

El reino de Dios que hoy celebramos no es de este mundo y, sin embargo, comienza en el corazón del hombre. Dice S. Pablo al hablar del Reino de Dios: «*Porque el reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo*» Rm 14,17. Es un reino de Dios diferente al que muchas veces nos imaginamos cuando pensamos en los poderosos de la tierra. Se trata de un Reino en el que la presencia del Espíritu llena el corazón del hombre y lo llena de gozo. Comentaba Sor Verónica, fundadora de Iesu Communio: «*Cautiva ver el gozo de vidas plenificadas por el Espíritu Santo. Por medio de ellas, se suscita el deseo y la decisión de vivir en santidad. En la Iglesia, hemos podido apreciar la belleza de la santidad como plenitud de la existencia. Se nos permite acercarnos a la experiencia de los santos, que no es sólo algo del pasado ni un itinerario para unos pocos ni un privilegio de una élite: la santidad es la más profunda vocación humana*». El reino de Dios es el comienzo del cielo en la tierra, es la santidad hecha carne, que ilumina y alegra el corazón del hombre. Los santos son hijos llenos del gozo del Espíritu, hijos dóciles al poder de Dios. Es una **santidad alegre y sencilla, libre y capaz de volverse siempre a Dios en el camino.**

El reino de Dios significa: servir, amar de forma incondicional y practicar cada día la misericordia. En este mundo somos nosotros los que, muchas veces, provocamos el mal con nuestras acciones que no traen vida y no son signo de la presencia de Dios. Nuestro pecado frena la acción de Dios que necesita que seamos cauce de su gracia, de su amor y de su poder. Es por eso que, cuando actuamos con amor, cuando sembramos esperanza con nuestra entrega, estamos dejando que el Reino de Dios se haga presente. La presencia del reino de Dios nos hace conscientes de nuestras debilidades, de la pequeñez y flaqueza de nuestra vida. Pero esa experiencia de debilidad no nos limita, al contrario, logra ensanchar nuestro corazón y permite que nos demos por entero. Decía el P. Kentenich: «*Aprendamos a no considerar nunca nuestras debilidades como un obstáculo para la fecundidad, para la aptitud para el reino de Dios. Nuestras debilidades serán un impedimento si las cultivamos y fomentamos, si no las empleamos como un trampolín para lanzarnos a los brazos de Dios*»⁸. nuestra debilidad para amar, para ser un signo de misericordia, para ejercer todas las acciones que hemos escuchado hoy en el juicio final, son el camino para dejarnos hacer por Dios, para que Él ame en nosotros. Nuestra debilidad no es un obstáculo cuando nos postramos y suplicamos misericordia. **Al sentirnos pequeños dejamos que Dios se haga fuerte en nuestra pobreza, dejamos que tenga poder.**

⁸ J. Kentenich, “Una Señal en el cielo”, 213-214